

María Josefina Parodi

La mujer oscura

Primer Premio del Séptimo Concurso Literario
para Alumnos de Cuarto y Quinto Años del Nivel Medio

Y sí... sí, ahora que lo pienso, siempre fue así. Siempre seguía mis pasos, adonde fuese que fuera... ¿Por qué pone esa cara...? Estoy diciendo la verdad... Sólo desaparecía cuando me encerraba en las tinieblas... Y es que dentro de las tinieblas se pierde la concepción de todo; de tiempo, de espacio, de mí, de usted, del día, de la noche, de las almas que nos rodean y nos tocan como a través de paneles de cristal... Sí, hasta de nuestra propia alma.

Las tinieblas nos envuelven en un misterioso mundo de atemporalidades, de paisajes sin accidentes, de rostros sin rasgos... Las tinieblas nos encierran en la más completa y perfecta quietud. Nada puede atravesarlas. Su invisible e intangible fortaleza puede ser únicamente traspasada por dos cosas: ya sea un purísimo rayo de sol, poderoso, inquieto y calmo, a la vez, o un sollozo de mujer. Ese sollozo que se asemeja al arrullo de las palomas en las noches desangeladas de Buenos Aires.

Siempre le di esta connotación a las tinieblas, nunca me suscitaban temor, solamente curiosidad... pero a veces me despertaban rechazo, cierta aversión... Es usted muy perspicaz, no por nada se ha ganado esa insignia. Así es, en cierto modo, las tinieblas me recuerdan mucho a ella... Pero fuera de esto, podría decirse que auténticamente amo el encontrarme en las tinieblas.

Supongo que es por eso que me gusta tanto la noche... me siento seguro, protegido en ella, ¿sabe? Bajo su maternal manto nocturno tejido de sueños y delirios, me hallaba a salvo... Sí, a salvo de ella. En la oscuridad, me encontraba completamente solo... ¡Qué paradoja!

Por la mañana, ¡ah, por la mañana!, me esperaba erguida delante de mí. Con el correr de las

horas, se escondía a mis espaldas, pero supongo que al rayar el alba me enfrentaba de esa manera para demostrarme, orgullosa, que yo no había vencido... todavía.

Cada mañana me resultaba una tortura, cada hora un martirio. Era un ciclo que se repetía sin fin, como el círculo eterno de los soñadores de Borges.

Ella clavaba su inmutable mirada en mí (¿me observaba o me vigilaba?) y yo... yo no sabía qué hacer para que dejase de mirarme. Aun cuando caminábamos por la ancha avenida, yo delante, ella detrás, aun así podía sentir su mirada en mi nuca, aun así podía sentir su piel fría cerca de la mía, podía sentir esos labios que jamás pronunciaban palabra, delineando una mueca burlona.

Muchas veces intenté librarme de ella, ¡pero era tan terca! No escuchaba razones. Era como si no oyese... ¿Por qué esboza esa sonrisa displicente? Sabe perfectamente que las de su estilo pueden oírnos, aunque nunca articulen palabra alguna para demostrarlo. Apuesto a que la suya —porque es suya, ¿no?— puede escucharnos en este preciso instante. Sí, la suya, esa especie de Diana de los bosques que se encuentra recostada en el suelo. ¿Podría pedirle que se retire? Esta historia es muy personal y... Ah, no puede... De acuerdo, proseguiré mi relato, pero hágame el favor de decirle a ella que no se me acerque ni un solo centímetro más. Vamos, dígaselo... Hombre, ¿le comieron la lengua los ratones? Dígale que se quede allí recostada, quietecita, y que no avance hacia aquí... Sí, así. Mucho mejor, gracias.

Pues bien, como iba diciendo, ella me seguía a todas partes, me espiala, conocía mis huellas de principio a fin. ¡Era un tormento! Odiaba sentirme acechado, perseguido cual presa que es observada por un león de poderosas mandíbulas.

Siempre la había odiado, prácticamente desde que tengo memoria. La he odiado desde el momento en que me di cuenta de que siempre estaba allí, observándome, siguiéndome, imitando cada uno de mis movimientos. Era como ser el sol y ella, el girasol... Siempre buscándome, siempre encontrándome.

Debo admitir que en un principio, cuando era tan sólo un niño, no la odiaba. Tan sólo me disgustaba un poco la idea de tener siempre una especie de niñera a mi lado, pero me arrepentía de pensar mal de ella, porque pensaba que intentaba protegerme camino a la escuela, o que quería acompañarme en mis juegos. Yo era un niño solitario, nunca tuve ningún amigo. Los otros niños decían que yo era raro, y yo creo que tenían toda la razón, ¿No lo cree usted así?

Pasaron los años, fui creciendo en edad y en altura. Cuando llegué a la adolescencia fue cuando comencé a odiarla con cada fibra de mi corazón. Yo no podía acercarme a ninguna otra mujer si ella estaba cerca... lo cual pasaba todo el tiempo. En primer lugar, porque me parecía raro intentar conquistar a una muchacha y que ella lo presenciara. Sonará tonto, pero me parecía que estaba engañándola.

En segundo lugar, a veces me parecía oír que me murmuraba palabras al oído —sin importar lo ridículo que esto pueda sonar después de haber repetido hasta el cansancio que ella era muda como una estatua— y cuando luego de girar en su dirección para pedirle que se callase, volvía el rostro hacia la joven en cuestión, no la encontraba. Se había esfumado.

Por lo general, podía verlas alejarse a paso apresurado por la calle, o cuchicheando, nerviosas, con sus amigas y soltando risitas tontas. De vez en cuando escuchaba la palabra «locos». Por qué decían esto sobre mí, sigue siendo un misterio para mí.

Nunca he sido capaz de constituir una familia o de formar una pareja, al menos no una normal. Todo por culpa de ella. Tengo ya treinta y cuatro años, oficial, sí, ya lo sé, aparento mucho menos, tal vez debido a que mi inmadurez emocional se trasluce en mi rostro... No, por supuesto que no estoy hablando en serio. No lo sé, tal vez

sea por herencia, mi padre aparentaba tener cuarenta y tantos cuando tenía sesenta años... ¿Qué? Sí, sí, disculpe usted, no me desviaré más de mi historia, no se preocupe.

Bueno, como le iba diciendo, venía sintiendo ya hace mucho este sentimiento de incomodidad, de opresión, de encarcelamiento, hasta que un día se me ocurrió una idea: me desharia yo mismo de ella. Como le he dicho, ya había intentado hacerlo, pero había sido muy diplomático y se lo había pedido amablemente, luego se lo rogué, y por último, se lo imploré de rodillas. A esto último, la muy malvada respondió imitándome y arrodillándose ella misma. En ese momento, clavé mis ojos en su oscuro rostro, y juré a los cielos que ella se arrepentiría de esto.

A partir de ese momento, pasé las noches enteras tramando un plan para librarme de ella. Durante el día, tenía que simular que todo estaba bien, para que ella pensase que la escena de días atrás y las palabras que la acompañaron habían sido una tontería.

Pasaba mis días sentado en el zaguán de mi casa, con ella recostada a mis espaldas. Yo, indiferente a su fresco contacto, miraba la gente pasar. Cada persona iba acompañada por una criatura parecida a la que me hacía compañía, pero a diferencia de mi persona, parecía no molestarles en absoluto, es más, parecía que ni siquiera notaban que caminaban a su lado. Quién sabe, tal vez ellas eran mucho más discretas que la mía.

¿Eh? Sí, oficial, disculpe, he vuelto a distraerme. ¿Dónde me había quedado? ¡Ah, sí! En la creación de un plan... Bien, al cabo de tres lunas llenas, mi plan estuvo terminado.

Debía ser en extremo cuidadoso; si ella advertía lo que yo quería hacer, y además yo fallaba en llevar a cabo mi plan, ya no tendría una segunda oportunidad, sería imposible que ella se descuidase de esa manera otra vez.

La noche anterior, repasé mentalmente los pasos a seguir esa mañana. Sí, tenía que ser de esa manera y por la mañana, cuando ella me mirase. No sólo me desharia de ella, sino que además tendría la satisfacción de ver su rostro mientras lo hacía...

Esa noche no pude pegar los ojos, probablemente porque la sonrisa que esbozaban mis labios no me lo permitía.

Cuando el primer rayo de sol atravesó mi habitación, la vi. Allí estaba, como cada mañana, altiva, esbelta, oscura... sobre todo oscura.

Me incorporé y la observé de soslayo. Rápido como tigre que se abalanza sobre su presa, me arrojé sobre ella. Primero, separé lo que nos unía por los pies, no sin mucho trabajo, ya que ella oponía gran resistencia. Luego, separé trozo por trozo los fragmentos que habían quedado adheridos a las plantas de mis pies.

Cuando el sol acarició su rostro, desapareció, así que en cierto modo, la maté. Es por eso que

vine a entregarme, oficial. Arrésteme, porque he matado a sangre fría. Enciérreme en una lóbrega celda... ¿Cómo? ¿Por qué me dice que no sea ridículo? No, oficial, por supuesto que no estoy jugando con usted. ¡Oficial! Si, oficial, sé perfectamente cuál es el castigo por no respetar la autoridad, pero no veo dónde está la falta de respeto. ¡He venido a denunciar un homicidio! Le ofrezco mis manos, espóseme... ¿Cómo que no he matado a nadie? Si acabo de... ¿Cómo dice? ¿Sombra? ¡Deje de repetir esa palabra! ¿Qué es una sombra?